



ENCUESTA NACIONAL DE DEMOGRAFIA Y SALUD (Cap. 2)

Colombia: Tendencias Económicas y Sociales
Desempeño Económico Mediocre Convergencia Social
Transición Demográfica Espectacular
Disminución de la Pobreza
Reducción de Desnutrición Infantil
Aumento de la Desigualdad del Ingreso
Progreso Educativo
La Revolución Femenina
La Crisis del Empleo Formal
El Incremento de la Violencia
Referencias

FUENTE: Profamilia 2011

Suscríbete a nuestros boletines especializados semanales

En Colombia ya son más de **70.000** profesionales, EPS, IPS, ESE, proveedores, consultores e inversionistas que reciben nuestra información estratégica.

Visítanos ahora y realiza tu suscripción gratuita:

www.consultorsalud.com - info@consultorsalud.com

Este capítulo hace un repaso de las principales tendencias sociales y económicas de Colombia.¹ El repaso adopta una perspectiva de mediano plazo, comenzando desde los años setenta en muchos casos y trata, en la medida de lo posible, de presentar una visión comparada contrastando el avance social en Colombia con el ocurrido en otros países de América Latina y en otras regiones del mundo.

El objetivo es ofrecer un contexto general que permita una mejor interpretación de los resultados de la **ENDS 2010**. Sin el contexto adecuado, sin una perspectiva histórica mínima, los resultados de la encuesta pueden interpretarse de forma errónea o incompleta. El análisis busca, en últimas, describir objetivamente el devenir económico y social del país, señalando tanto los éxitos como los fracasos.

El capítulo está dividido en diez secciones independientes. Cada una presenta un hecho destacable. En esencia el capítulo presenta los diez cambios económicos y sociales más relevantes de las últimas décadas. El análisis no intenta ser exhaustivo. No todas las tendencias relevantes son descritas. Pero sí pretende ilustrar escuetamente los cambios más significativos.

2.1 DESEMPEÑO ECONÓMICO MEDIOCRE

El desempeño económico ha sido mediocre. La brecha entre Colombia y el mundo desarrollado no disminuyó en las últimas décadas. No ha existido convergencia económica.

El gráfico 2.1 muestra la evolución del ingreso por habitante en Colombia, en algunos países de América Latina y en el conjunto de las llamadas economías emergentes. Desde comienzos de los años ochenta, la trayectoria del ingreso por habitante en Colombia ha sido similar a la de Perú y a la del promedio de los países emergentes. En Chile, Brasil y México, el ingreso por habitante creció a tasas más altas durante el período en cuestión. En términos generales el ingreso por habitante de estos países es al menos 50 por ciento superior al de Colombia.

Un análisis comparativo de la evolución del ingreso per cápita de Colombia arroja tres hechos destacables. Primero, la brecha económica entre Colombia y los países desarrollados se ha mantenido más o menos inalterada durante los últimos cincuenta años; segundo, la brecha con respecto a los países de América Latina se cerró durante los años ochenta, como consecuencia del mejor desempeño relativo de la economía colombiana durante la llamada crisis de la deuda, y tercero, los países asiáticos (tomados como un todo) han venido cerrando la brecha con respecto al mundo desarrollado, a América Latina y a Colombia.

En general, el comportamiento económico de Colombia ha sido mediocre, insuficiente para disminuir la brecha con el mundo desarrollado o para seguirle el paso a algunas de las economías más dinámicas de la región o del mundo.



¹Este capítulo fue preparado por Alejandro Gaviria, Decano de la Facultad de Economía de la Universidad de los Andes y está basado en el documento de trabajo, Gaviria, A. 2010. “Cambio social en Colombia durante la segunda mitad del siglo XX”, Documento Cede No. 2010-30. Algunas partes fueron tomadas literalmente de la fuente original.

2.2 CONVERGENCIA SOCIAL

El progreso social ha sido más acelerado que el progreso económico. La brecha con los países desarrollados se redujo notablemente en algunos indicadores sociales. Si ha existido convergencia social.

Desde los años cincuenta la esperanza de vida aumentó más de 20 años en Colombia. La esperanza de vida de las mujeres creció a un ritmo de aproximadamente tres años por década desde los años ochenta. A causa de la violencia, la esperanza de vida de los hombres avanzó más lentamente, a un ritmo inferior a dos años por década.

En Colombia, el aumento de la esperanza de vida al nacer fue similar al registrado en Ecuador, México, Venezuela y República Dominicana, y levemente inferior al registrado en Brasil y Chile (Astorga *et al.*, 2005). Argentina, Uruguay y Costa Rica, que tenían una esperanza de vida ya cercana a los 60 años en 1950, experimentaron un progreso menor en términos absolutos. En general las diferencias entre Colombia y los países más avanzados de la región y del mundo se redujeron de manera significativa desde los años cincuenta. En 1950 la diferencia en la esperanza de vida al nacer entre Colombia y Estados Unidos era de 22 años. En el año 2005 era ya inferior a 7 años.

La diferencia entre Colombia y los países más ricos también disminuyó en otros indicadores sociales, entre ellos la mortalidad infantil, la alfabetización y las coberturas de servicios públicos.

La tasa de alfabetización, por ejemplo, pasó de 63 por ciento en 1950 a 93 por ciento en el año 2000. Esta progresión fue similar a la observada en otros países latinoamericanos como Brasil, México y Perú. Durante el período de análisis las tasas de alfabetización convergieron en América Latina (Astorga *et al.*, 2005). En 1950 la diferencia entre Colombia y Argentina ascendía a 27 puntos porcentuales. En el año 2000 se había reducido a 5 puntos. En el mismo período las tasas de alfabetización promedio en América Latina se acercaron a las de Estados Unidos.

Puede hablarse, en general, de convergencia social, esto es, de un aumento más rápido de los indicadores sociales en los países que inicialmente se encontraban más rezagados, entre ellos Colombia. Paradójicamente la convergencia social ocurrió a pesar de la inexistencia de convergencia económica. El progreso social relativo ocurrió simultáneamente con el estancamiento económico.

La convergencia social tiene explicaciones inmediatas. La mejoría de los indicadores de salud, por una parte, depende más de la difusión de conocimientos y prácticas culturales que del incremento de los ingresos. Por otra parte, la mejoría tiende a ser acumulativa. Muchas prácticas provechosas no se descartan una vez aprendidas. Por ejemplo, una vez los padres de familia toman conciencia sobre la importancia de la educación, la vacunación o la adecuada nutrición de sus hijos, la enseñanza queda grabada y se mantiene en sus mentes a pesar de los vaivenes de la economía o las inclemencias del desempleo (Hirschman, 1996, p. 184).

Por algún tiempo, especialmente durante los años sesenta, cuando las economías latinoamericanas estaban creciendo rápidamente, muchos economistas y científicos sociales argumentaron en forma reiterada que los indicadores económicos eran inadecuados o insuficientes para medir el progreso social. Decían, entre otras cosas, que los indicadores de crecimiento deberían ser reemplazados o complementados con indicadores de desarrollo, con medidas que tuvieran en cuenta otras dimensiones del bienestar: la salud, la educación, la vivienda, etc. Paradójicamente, las cifras muestran que en Colombia hubo mucho más desarrollo que crecimiento, más progreso social que avance económico.

“Es desconcertante –escribió Albert O. Hirschman (1996)–, aunque agradable, la noticia de que algunos indicadores sociales pintan ahora un panorama más alentador de las transformaciones que están ocurriendo en nuestra sociedad que los mismos indicadores económicos”.

2.3 TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA ESPECTACULAR

Colombia experimentó una transición demográfica “espectacular”. Recientemente, sin embargo, el incremento de la fecundidad adolescente ha causado un retroceso relativo.

Durante las últimas décadas, Colombia experimentó una acelerada transición demográfica. La transición tuvo dos fases claramente diferenciadas. En la primera, que va de 1950 a 1964, la mortalidad continuó el ritmo de descenso acelerado de las décadas precedentes y la fecundidad permaneció invariable, en un nivel muy alto. La combinación de una menor mortalidad y una elevada fecundidad tuvo como resultado un alto crecimiento de la población, un “explosión demográfica”, como se le llamó entonces. En la primera fase de la transición, entre 1950 y 1964, la población colombiana creció a una tasa superior a 3 por ciento anual.

En la segunda fase de la transición, que comenzó en 1965, la fecundidad descendió de manera abrupta y el crecimiento de la población disminuyó de manera concomitante. A finales de los años noventa, culminada ya la segunda fase de la transición demográfica, la población colombiana estaba creciendo a una tasa inferior a 2 por ciento. En 1950 la población apenas superaba los 12 millones de personas. Cincuenta años más tarde, después de culminada la transición demográfica, la población estaba ya por encima de los 40 millones.

Los factores determinantes de la transición demográfica son conocidos. El descenso de la mortalidad es el resultado de la mejoría en las condiciones de nutrición y salubridad y del desarrollo económico. Por su parte, el descenso de la fecundidad es el resultado de la urbanización, la disponibilidad de métodos anticonceptivos, el avance educativo y los cambios en las aspiraciones y las expectativas de las mujeres (Flórez, 2000; Urrutia, 1990). Colombia vivió una “transición demográfica espectacular”, caracterizada por una caída abrupta de la fecundidad.

La Tasa Global de Fecundidad (TGF) pasó de casi 7,0 hijos por mujer en 1965 a 2,5 hijos a finales del siglo. En veinte años, entre 1965 y 1985, la TGF disminuyó casi 50 por ciento, al pasar de 7,0 a 3,7. El descenso de la fecundidad fue similar al registrado en algunos países asiáticos, como Corea del Sur, Singapur y Taiwán, y mucho más rápido que el registrado en algunos países latinoamericanos.

El descenso de la fecundidad no sólo ocurrió en las zonas urbanas. En las zonas rurales, la TGF disminuyó de 8,0 a 4,3 hijos por mujer entre 1965 y 1995. Sin embargo, a finales del siglo XX, la reducción de la fecundidad estaba rezagada dos décadas en las zonas rurales con respecto a las urbanas (Flórez, 2000, p. 38). A mediados de los años noventa, algunas zonas del Chocó y de los departamentos de la Amazonía y la Orinoquía tenían todavía tasas de fecundidad muy altas, superiores a 5,5 hijos por mujer. Estas regiones, apartadas, relativamente despobladas, fueron la excepción de la gran transformación demográfica que experimentó el país durante la segunda mitad del siglo XX.

La caída en la fecundidad estuvo concentrada en las mujeres mayores de 25 años. Para las mujeres menores de 20 años, la fecundidad aumentó de manera continua desde los años ochenta. Las consecuencias de este aumento son en principio problemáticas. La fecundidad adolescente afecta de manera adversa el desempeño socioeconómico de las madres y las condiciones de salud y nutrición de los niños, y constituye un obstáculo para la movilidad social y la superación de la pobreza (Gaviria y Palau, 2006b). Los embarazos adolescentes, por ejemplo, explican casi 10 por ciento de todos los casos de deserción escolar entre las mujeres menores de veinte años (Gaviria, 2002).

A finales de siglo XX, el porcentaje de mujeres jóvenes que estaban o habían estado embarazadas era de casi 40 por ciento en los hogares más pobres y de menos de 10 por ciento en los hogares de mayor nivel socioeconómico (Gaviria, 2002). En parte por esta razón, la rápida transición demográfica no logró reducir sustancialmente las diferencias en fecundidad entre grupos sociales. El descenso de la fecundidad fue “espectacular” en promedio. Pero no lo fue tanto para los hogares de menores recursos. A finales de los años noventa, las elevadas y persistentes tasas de fecundidad en las mujeres más pobres eran un factor preponderante en la transmisión intergeneracional de la pobreza. Las trampas de alta pobreza y alta fecundidad no fueron erradicadas por la transición demográfica.

2.4 DISMINUCIÓN DE LA POBREZA ESTRUCTURAL Y CAMBIO EN LOS PATRONES DE CONSUMO

La pobreza estructural ha disminuido de manera continua desde los años setenta. El número y la cantidad de bienes y servicios de consumo aumentó sustancialmente.

El gráfico 2.2 muestra el cambio en las tasas de pobreza y miseria, medidas a partir del indicador de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) utilizado comúnmente para medir la pobreza estructural. El indicador NBI está basado en tres grupos de variables: las características de las viviendas (viviendas inadecuadas, hacinamiento crítico y servicios inadecuados), la dependencia económica (más de tres personas en el hogar por persona activa y jefe con baja educación) y la inasistencia escolar de los niños y jóvenes.

La tasa de pobreza mide el porcentaje de hogares con una necesidad insatisfecha, y la de miseria, el porcentaje con dos o más necesidades sin satisfacer. Entre 1973 y 2005 la tasa de pobreza pasó de 70 a 20 por ciento, y la de miseria, de 45 a 6 por ciento. El avance fue continuo a pesar de los vaivenes de la economía y en particular de la crisis de fin de siglo. El descenso ininterrumpido de la pobreza estructural refuerza la conclusión de la sección anterior, a saber: el desarrollo social fue mucho más significativo que el crecimiento económico. O puesto de otra manera, el desarrollo social tuvo lugar a pesar de los malos o mediocres resultados económicos. Incluso la crisis de fin de siglo no causó un retroceso en los indicadores de NBI.



Los patrones de consumo de la población colombiana cambiaron sustancialmente durante las últimas décadas. Infortunadamente, los cambios ocurridos no son fáciles de documentar de manera detallada. Los censos nunca han incluido preguntas sobre el consumo de los hogares o las personas. Y en general el país no cuenta con mediciones sistemáticas y prolongadas de los hábitos de consumo de la población. Por lo tanto, la investigación retrospectiva sobre los patrones de consumo debe acudir a mediciones indirectas.

Cuadro 2.1 Cambios en los patrones de consumo

Diferencias en las canastas de bienes y servicios de dos Índices de Precios al Consumidor, 1954 y 2008

Gastos del IPC-20 que no están en el IPC-08	Gastos del IPC-08 que no están en el IPC-20

Cuchuco de cebada	Hamburguesa
Carbón mineral	Frutas de conserva
Carbón vegetal	Gas
Espermas	Gastos de cafetería
Petróleo	Imágenes diagnósticas
Ferrocarril	Lavadora
Telegrama	Equipos de telefonía móvil
Cajas de previsión sindicales	Otras medicinas y anticonceptivos
Platón de aluminio	Nevera
Telas	Computadores, impresoras y otros aparatos

Fuente: DANE

Afortunadamente, las canastas de bienes y servicios utilizadas para calcular el Índice de Precios al Consumidor (IPC) dan una idea aproximada de los cambios en el consumo. El DANE ha modificado varias veces la canasta de bienes y servicios, con el fin de ajustarla a los cambios sociales, económicos y tecnológicos. Las comparaciones entre canastas dan una idea de los cambios en los hábitos de consumo desde una perspectiva de largo plazo.

El Cuadro 2.1 compara la canasta del IPC-20 (1954) con la del IPC-08 (2008). La primera columna lista algunos bienes del IPC-20 que no están en el IPC-08. La segunda, por su parte, lista algunos bienes del IPC-08 que no están en el IPC-20. El carbón le dio paso al gas como combustible para la cocción de alimentos. El telegrama fue desplazado por la telefonía móvil. El tradicional cuchuco de cebada perdió su espacio y la hamburguesa ganó el suyo. Los plátanos de aluminio de la cocina cedieron el paso a las neveras y lavadoras, etcétera. Algunos bienes y servicios cambiaron de nombre entre el IPC-20 (1954) y el IPC-08 (2008). Los cambios de nombre reflejan no sólo la evolución natural del lenguaje sino también la sofisticación o el cambio cualitativo de algunos bienes y servicios. El simple cepillo de dientes se convirtió en higiene oral. El jabón, en higiene corporal. El lavado y planchado, en lavandería. Y el médico general, en medicina especializada.

2.5 REDUCCIÓN DE DESNUTRICIÓN INFANTIL

La desnutrición infantil ha disminuido de manera sustancial desde una perspectiva de largo plazo pero los niveles actuales todavía son muy superiores a los de muchos países de la región.

Los niveles de desnutrición han disminuido de manera notable en Colombia durante las últimas décadas. El porcentaje de niños menores de cinco años con desnutrición crónica pasó de 32 por ciento en 1965 a 12 por ciento en 2005. El porcentaje con desnutrición aguda pasó de 4 por ciento a 1 por ciento durante el mismo período (Gaviria y Palau, 2006b). Colombia se encuentra en un lugar intermedio en comparación con otros países de la región. Guatemala y Honduras padecen los peores niveles de desnutrición crónica, mientras Chile y Cuba presentan niveles similares a los del mundo desarrollado, inferiores al 5 por ciento².

En general los niveles de desnutrición están altamente correlacionados con la posición socioeconómica de los hogares. La diferencia entre dos niños de tres años de edad ubicados en los extremos opuestos de la clasificación socioeconómica asciende, en promedio, a un centímetro de estatura (Gaviria y Palau, 2006b). Así mismo, la edad de la madre guarda una relación estrecha con la desnutrición infantil. Cada año adicional de edad de la madre reduce la probabilidad de que un niño se encuentre en estado de desnutrición crónica en 0,5 puntos porcentuales. Los programas públicos, en particular los Hogares Comunitarios de Bienestar del

²En promedio, la desnutrición crónica afecta el 45 por ciento de los menores en la India y Pakistán, el 40 por ciento en los países del África sub-sahariana, el 21 por ciento en los países del sudeste asiático, y el 16 por ciento en los países de América Latina y el Caribe.

Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), parecen disminuir la prevalencia de desnutrición crónica y aguda, sobre todo en los niños más vulnerables (Bernal *et al.*, 2009).

2.6 AUMENTO DE LA DESIGUALDAD DEL INGRESO

La desigualdad del ingreso ha aumentado sustancialmente en las últimas décadas. Los niveles actuales son los más altos de la historia contemporánea.

El Gráfico 2.3 muestra los cambios en el coeficiente Gini durante las últimas décadas³. Las cifras históricas sugieren la existencia de tres períodos. En el primero, que se extiende hasta mediados de los años sesenta, la desigualdad creció de manera continua; en el segundo, que va hasta finales de los años ochenta, la desigualdad disminuyó de manera rápida; y en el tercero, que comienza en los años noventa, la desigualdad volvió a crecer de forma aún más acelerada. La desigualdad observada en los últimos años es mayor a la estimada para los años cincuenta, y posiblemente una de las mayores de la historia moderna del país.



Las causas de los cambios en la desigualdad no han sido esclarecidas plenamente. Posiblemente, el aumento de la desigualdad en el primer período señalado tuvo como causa la combinación de una rápida transformación de la economía y unos grandes rezagos en materia educativa, acumulados desde el siglo XIX. Desde los años treinta del siglo XX la economía colombiana experimentó una rápida transformación estructural que aumentó el capital físico, elevó fuertemente la productividad del capital humano, incrementó la remuneración relativa de los trabajadores con alguna educación y aumentó, por lo tanto, la desigualdad del ingreso. En suma, la escasez relativa de mano de obra calificada, en un momento de acelerada transformación económica, explica el aumento de la desigualdad anterior a 1965 (Londoño, 1995).

En palabras de Londoño (1995, p. 185), “el empeoramiento en la distribución en la primera fase fue muy agudo por el hecho de que, dado el ritmo acelerado de la transformación estructural y de la acumulación, se produjo un gran retraso en la respuesta del avance en la productividad de la agricultura y en la formación de capital humano”. Pero el retraso se superó como consecuencia del progreso educativo que tuvo lugar en los años sesenta. La expansión de la educación aumentó la oferta de trabajadores calificados, disminuyó la brecha salarial entre éstos y los trabajadores no calificados y contribuyó por esta vía al rápido descenso de la desigualdad del ingreso. En otras palabras, la desigualdad disminuyó, pues Colombia logró ponerse al día con las exigencias de la transformación estructural en materia educativa (Londoño, 1995).

A comienzos de los años noventa, la desigualdad volvió a aumentar como resultado, nuevamente, de una ampliación de la brecha salarial entre los trabajadores calificados y los no calificados. En esta oportunidad la causa no fue una transformación estructural endógena, sino dos choques exógenos bien conocidos: un cambio tecnológico acelerado que aumentó la productividad del capital humano y una expansión del comercio mundial, la globalización, que mantuvo a raya los salarios de los trabajadores no calificados. En casi todos los países del

³El coeficiente Gini es una medida estándar de la concentración del ingreso. En teoría, varía entre 0 a 1: 0 significa igualdad absoluta; 1, desigualdad extrema, en la cual una sola persona u hogar concentra la totalidad de los ingresos. En la práctica el Gini fluctúa entre 0.25 y 0.65: el primer valor ha sido observado en algunos países escandinavos y el segundo, en varios países latinoamericanos y africanos.

mundo, desarrollados y en desarrollo, la remuneración relativa de los profesionales con respecto al resto de trabajadores aumentó fuertemente, lo que condujo, a su vez, a un crecimiento generalizado de la desigualdad del ingreso.

Así, el empeoramiento reciente en la distribución fue producto de la combinación de una rápida transformación económica (asociada esta vez a fenómenos de escala global) y un retraso educativo (asociado a una oferta limitada de trabajadores con educación superior y técnica). En los primeros años del nuevo siglo, el avance educativo ha sido insuficiente, y los altos costos laborales han estimulado la informalidad y reducido la remuneración relativa de los trabajadores sin educación superior. Con todo, la desigualdad ha continuado creciendo. El aumento de la desigualdad durante los años noventa fue un fenómeno generalizado que afectó la totalidad de los países latinoamericanos; el aumento reciente es un fenómeno peculiar que ha impactado a Colombia pero no a los otros países grandes de la región.

2.7 PROGRESO EDUCATIVO

El avance educativo ha sido notable. Muchas regiones del país han alcanzado cobertura plena en educación básica. Pero las comparaciones internacionales revelan grandes falencias en calidad.

Durante los años cincuenta y sesenta Colombia experimentó un avance educativo sin precedentes en su historia (Ramírez y Téllez, 2007). El número de alumnos en primaria creció a una tasa promedio anual superior a 7 por ciento: la tasa de escolaridad bruta en educación primaria llegó a ciento por ciento a comienzos de los años setenta⁴. El número de alumnos en secundaria creció a una tasa incluso mayor, por encima del 12 por ciento anual. En secundaria la tasa de escolaridad bruta pasó de 5 a 30 por ciento. El número de profesores y el número de establecimientos educativos también crecieron a tasas muy altas: la expansión educativa no produjo problemas de hacinamiento escolar.

Desde mediados de los años setenta el avance educativo perdió impulso. Los estudiantes, los docentes y los establecimientos educativos, que habían crecido rápidamente en las décadas anteriores, dejaron de crecer. En la educación primaria la tasa de escolaridad bruta se estancó; en la secundaria aumentó sólo algunos puntos porcentuales. Este estancamiento general coincidió con una disminución en el gasto público y con el traslado de las obligaciones en materia de educación de los departamentos a la Nación (Ramírez y Téllez, 2007).

En los años noventa el progreso educativo tomó un segundo aire. La tasa de escolaridad bruta en primaria volvió a crecer después de un largo estancamiento. Más importante aún, el avance en secundaria se aceleró de manera sustancial: la tasa bruta pasó de 40 por ciento a 70 por ciento entre 1986 y 2000. A finales de siglo la tasa de escolaridad en secundaria era similar a la de Venezuela, superior a la de Brasil e inferior a las tasas de Argentina, Chile y Perú. El avance reciente estuvo muy concentrado en las zonas rurales y coincidió con la elevación del gasto público y la descentralización, ambas ordenadas por la Constitución de 1991.

Con el tiempo, el aumento en las tasas de escolaridad hizo que los años de educación de la población adulta crecieran significativamente. En 1965 un colombiano mayor de edad tomado al azar de la población tenía tres años de educación; en 2010 tenía casi ocho años de educación aprobados. El porcentaje de mayores de edad sin educación pasó de 50 por ciento en 1951 a 10 por ciento en 2005. El porcentaje con educación superior pasó, en el mismo lapso, de menos de 1 por ciento a más de 12 por ciento. Los cambios mencionados tuvieron un impacto sustancial

⁴La tasa de escolarización bruta se calcula como el cociente entre el número total de estudiantes en la escuela primaria y la población total entre siete y once años. Las tasas brutas son usualmente superiores a ciento por ciento, por cuenta de los estudiantes mayores de 11 años en la escuela primaria.

no sólo sobre la calidad de vida de la población, sino también, como se estudiará más adelante, sobre la distribución del ingreso y las posibilidades de movilidad social.

Más allá del crecimiento en las tasas de escolaridad, la calidad de la educación ha sido una preocupación permanente desde los años sesenta. Las primeras misiones educativas que visitaron el país, en los años sesenta, señalaron con preocupación la baja calidad de la educación pública y la pobre capacitación de los docentes (Ramírez y Téllez, 2007). Desde los años setenta los planes de desarrollo, casi sin excepción, llamaron la atención sobre el mismo problema. Más recientemente, las pruebas estandarizadas internacionales han confirmado los diagnósticos más pesimistas: los resultados de los estudiantes colombianos están entre los peores del mundo en desarrollo. En matemáticas, por ejemplo, más de la mitad de los estudiantes colombianos están en los niveles inferiores de calidad, esto es, son incapaces de realizar una operación aritmética simple como calcular un porcentaje.

La mala calidad de la educación tiene causas diversas. Usualmente, la discusión internacional se divide en dos grandes grupos: quienes enfatizan los recursos y quienes enfatizan los incentivos a los docentes y los sistemas de rendición de cuentas. En Colombia ambas dimensiones son importantes. Los recursos invertidos en la dotación física de las escuelas y colegios son, en algunos casos, insuficientes y, en otros, inexistentes. Y los incentivos a los docentes no premian el buen desempeño en el aula de clase o el aprendizaje de los alumnos. En Colombia, por ejemplo, la posición en el escalafón o los años de educación de los maestros no guardan ninguna relación con el desempeño de los estudiantes en pruebas estandarizadas, es decir, la remuneración y el ascenso en el escalafón nada tienen que ver con la calidad de la enseñanza impartida (Gaviria, 2002).

2.8 LA REVOLUCIÓN FEMENINA

En las últimas décadas, las mujeres colombianas aumentaron sustancialmente su escolaridad e irrumpieron de manera acelerada en los mercados de trabajo.

La revolución femenina fue una de las transformaciones más importantes de la sociedad colombiana durante las últimas décadas. La revolución se hizo evidente, entre otras cosas, en la generalización del uso de anticonceptivos modernos, en el progreso educativo y en la rápida irrupción de la mujer en el mercado de trabajo. La revolución femenina trajo consigo una transformación radical en las expectativas y las aspiraciones de las mujeres colombianas. Al mismo tiempo, de manera gradual pero definitiva, las mujeres colombianas comenzaron a valorar más la independencia económica y los logros educativos que las satisfacciones tradicionales de la vida familiar.

El uso de anticonceptivos por parte de las mujeres en edad fértil pasó de 27 por ciento en 1964 a 72 por ciento en 1995 (Flórez, 2000, p. 55). La generalización en el uso de anticonceptivos ocurrió tanto en las zonas urbanas como en las rurales. En las zonas rurales, en particular, el uso de anticonceptivos se cuadruplicó en un período de 25 años. El mayor uso de anticonceptivos estuvo motivado no sólo por el deseo de reducir la fecundidad total, sino también por la intención de espaciar los nacimientos, para acomodar los planes de estudio y las oportunidades laborales (Miller, 2005).

La revolución femenina se manifestó también en el rápido progreso de las mujeres en el campo educativo. En 1964 las mujeres colombianas en edad de trabajar tenían en promedio 2,7 años de educación, 0,4 años menos que los hombres. En 1985 ya tenían 5,5 años de educación, los mismos que los hombres. En 2005, en el último censo de población, tenían 8,3 años de educación en promedio, 0,3 años más que los hombres. Desde los años ochenta, las mujeres tienen en promedio más años de educación que los hombres. El sobrepaso ocurrió más temprano en las zonas rurales (donde la ventaja de las mujeres es mayor y ha crecido más rápidamente), y luego, en las zonas urbanas.

El avance educativo de las mujeres tuvo una manifestación evidente: la feminización de las universidades colombianas. Desde los años setenta las mujeres comenzaron a ingresar profusamente a la universidad. Desde los noventa principiaron a ser mayoría en muchos centros educativos. En 2005, casi 13 por ciento de las mujeres en el mercado de trabajo había cursado algunos años de educación superior. El porcentaje correspondiente para los hombres apenas llegaba a 11 por ciento. En algunas carreras tradicionales, como el derecho o la medicina, la preeminencia de las mujeres ha sido notoria desde los años ochenta.

El crecimiento de la participación laboral de las mujeres fue la manifestación más visible de la revolución femenina. Las mujeres colombianas irrumpieron en el mercado de trabajo con más fuerza que las mujeres de la mayoría de los países en desarrollo y desarrollados. Las cifras hablan por sí solas. En 1951 las mujeres apenas representaban el 18 por ciento de la fuerza de trabajo. Medio siglo más tarde ya representaban casi la mitad del total de trabajadores.

El gráfico 2.4 muestra, para una serie de países, el cambio en la participación laboral de las mujeres entre 25 y 54 años en el período 1980-2007. En Chile y México la participación creció modestamente y apenas superaba el 50 por ciento al final del período. En Brasil y España creció a un ritmo superior y llegó al 70 por ciento en 2007. En Colombia creció en forma acelerada y llegó a 83 por ciento al final del período. La aceleración reciente pudo haber sido parcialmente impulsada por la crisis económica de fin de siglo. Pero sea cual fuere la razón, las mujeres colombianas llegaron al mercado de trabajo para quedarse.



Las causas de la revolución femenina no han sido estudiadas de manera sistemática. Pero seguramente algunas de las transformaciones sociales ya descritas explican una parte de lo ocurrido. Además, los programas de planificación familiar (creados en los años sesenta) y los de cuidado infantil (creados en los ochenta) pueden también dar razón parcialmente de la “deslumbrante velocidad” de los cambios acaecidos. En términos generales, la revolución femenina fue el resultado de una transformación cultural y social, de una dinámica de refuerzo mutuo entre las renovadas aspiraciones de las mujeres y sus crecientes logros educativos y laborales.

2.9 LA CRISIS DEL EMPLEO FORMAL

Desde 1995, la informalidad laboral para los trabajadores sin educación superior ha crecido sustancialmente.

La crisis de finales de los años noventa puso en evidencia uno de los principales problemas de la economía colombiana: el desempleo y sobre todo la informalidad laboral. En tres años, entre 1996 y 1999, la tasa de desempleo en Colombia aumentó de 9 por ciento a casi 20 por ciento. La tasa del año 2000 fue la mayor de la segunda mitad del siglo XX. El desempleo disminuyó posteriormente como consecuencia de la recuperación económica pero sigue siendo muy alto en comparación con otros países de la región. Actualmente Colombia tiene la tasa de desempleo más alta de las economías grandes de América latina.

Al mismo tiempo, la informalidad laboral creció rápidamente en los años noventa. Actualmente más de 50 por ciento de los trabajadores colombianos no contribuyen a la seguridad social. Con la recuperación económica, la informalidad apenas disminuyó levemente en promedio e, incluso, aumentó para los trabajadores sin educación superior (Gaviria y Palau, 2006a). En términos porcentuales el número de cotizantes a la seguridad social ha permanecido

estancado desde 1996. En suma, el crecimiento sistemático de la informalidad laboral, especialmente para los trabajadores sin educación superior, es uno de los problemas más serios de la economía colombiana.

Las causas de este problema son motivo de debate. Pero probablemente tienen que ver con el aumento de los impuestos a la nómina y de las contribuciones a la seguridad social, con el pobre desempeño promedio de la economía y con una transformación estructural centrada en el servicio y el comercio, especialmente en pequeñas empresas en estos sectores, de muy baja productividad media. Sea cual fuere la causa, la reducción de la pobreza, la desigualdad y la continuidad del progreso social de los años por venir dependen en buena medida de la generación de más y mejores empleos formales, sobre todo para los trabajadores menos educados.

2.10 EL INCREMENTO DE LA VIOLENCIA

La violencia homicida creció en Colombia rápidamente desde mediados de los años setenta hasta comienzos de los años noventa. Sólo durante los últimos ha descendido de manera significativa pero sigue siendo alta en el contexto regional.

La violencia fue uno de los fenómenos sociales más salientes de la segunda mitad del siglo XX. En los años cincuenta la violencia de origen político, concentrada mayormente en las zonas rurales, produjo casi 200 mil muertos (Deas y Gaitán, 1995). Con la llegada de la democracia, la violencia disminuyó y permaneció controlada por casi dos décadas. Pero a finales de los años setenta la violencia volvió a aumentar. En cuestión de años Colombia se convirtió en uno de los países más violentos del mundo. En los años noventa algunas ciudades colombianas presentaron índices de muertes violentas de una magnitud casi catastrófica (Gaviria, 2000a).

En los últimos 50 años, los cambios en la tasa de homicidios pueden dividirse en tres períodos claramente definidos: uno de estabilidad, con una tasa relativamente baja que va desde 1960 hasta 1975; otro de acelerado crecimiento, desde 1976 hasta 1995, y un tercero, de descenso gradual durante los últimos quince años. En su momento más alto, la tasa de homicidios llegó a 80 muertes por 100 mil habitantes. Actualmente está cercaba a 35 por 100 mil.

El tráfico de drogas fue el factor desencadenante de la epidemia homicida. No es una coincidencia que el incremento de los homicidios ocurriera en forma simultánea con la consolidación de Colombia como el primer exportador mundial de cocaína. El narcotráfico incrementó la violencia por varias rutas: congestionó el sistema de justicia y aumentó la impunidad, lo que redundó, a su vez, en una mayor rentabilidad de muchas actividades criminales conexas. Aumentó la oferta de armas y facilitó el intercambio de conocimiento entre redes de criminales. Y promovió una cultura favorable al crimen (Gaviria, 2000a). En palabras de la historiadora Mary Roldán, el narcotráfico “rompió la tradición, transformó las costumbres sociales, reestructuró la moral, el pensamiento y las expectativas” (Roldán, 2002). En suma, el narcotráfico puso en marcha una serie de procesos de retroalimentación que produjeron, en poco más de una década, una epidemia criminal con pocos antecedentes en el mundo.

Las consecuencias sociales de la violencia de fin de siglo fueron múltiples. El homicidio se convirtió en la principal causa de muerte del país. La expectativa de vida para los hombres disminuyó significativamente. Los hogares con jefatura femenina aumentaron de manera rápida. La muerte se convirtió en un suceso rutinario para muchas comunidades urbanas. Muchos hombres jóvenes, anticipando su destino, dejaron sus estudios e incrementaron las conductas y actitudes riesgosas. Al mismo tiempo, muchas mujeres, anticipando la imposibilidad de relaciones duraderas, optaron por adelantar la maternidad o renunciaron definitivamente a la pretensión de uniones estables.

En fin, el narcotráfico no sólo transformó profundamente la sociedad colombiana; al mismo tiempo, produjo una epidemia violenta cuyas secuelas sociales se sentirán por mucho tiempo.

REFERENCIAS

- Astorga, Pablo, Berges, Ame R. y Fitzgerald, Valpy (2005). "The Standard of Living in Latin America During the Twentieth Century". *Economic History Review*, Vol. 58, No. 4, pp. 765-796.
- Bernal Raquel, Camila Fernández, Carmen Elisa Flórez, Alejandro Gaviria, Paul René Ocampo, Belén Samper y Fabio Sánchez (2009), "Evaluación de impacto del Programa Hogares Comunitarios de Bienestar del ICBF", Documento CEDE 2009-16.
- Deas, Malcolm y Gaitán, Fernando (1995). *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia*. Bogotá: Fonade.
- Flórez, Carmen E. (2000). *Las transformaciones sociodemográficas en Colombia durante el siglo XX*. Bogotá: Banco de la República y Tercer Mundo Editores.
- Gaviria, Alejandro (2000). "Increasing Returns and the Evolution of Violent Crime: The Case of Colombia". *Journal of Development Economics*, Vol. 61, No. 1, 1-25.
- Gaviria, Alejandro (2002). *Los que suben y los que bajan*. Bogotá: Alfaomega.
- Gaviria, Alejandro y Palau, María del Mar (2006a). "Evolución reciente del mercado laboral urbano y alternativas de política". *Coyuntura Social*, No. 34.
- Gaviria, Alejandro y Palau, María del Mar (2006b). "Nutrición y salud infantil en Colombia: determinantes y alternativas de política". *Coyuntura Económica*, Vol. XXXVI, No. 2.
- Hirschman, Albert (1996). *Tendencias autosubversivas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Londoño, Juan Luis (1995). *Distribución del ingreso y desarrollo económico*. Bogotá: TM Editores.
- Miller, Grant (2005). *Contraception as Development? New Evidence from Family Planning in Colombia*. NBER Working Papers # 11704. National Bureau of Economic Research.
- Ramírez, María Teresa y Téllez, Juana (2007). "La educación primaria y secundaria durante el siglo XX", en Robinson, James y Urrutia, Miguel (eds.). *Economía colombiana del siglo XX. Un análisis cuantitativo*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, pp. 459-515.
- Roldán, Mary (2002). *Blood and Fire: La Violencia in Antioquia, Colombia, 1946-1953*. Durham: Duke University Press.